

Juan Carlos Ruiz Souza (1969-2021), historiador del arte, profesor titular de Universidad Complutense.

Inició sus estudios superiores en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid, aunque pronto solicitó el traslado a la Universidad Autónoma. Más allá de un interés personal por la práctica constructiva, la idea que siempre defendió de la arquitectura no como un fin en sí mismo sino como espacio de integración de todas las artes, lo condujo de forma natural hacia el mundo de la Historia del Arte. En la UAM se licenció, en 1992, y se doctoró, en 2000, con la tesis titulada *Estudios y reflexiones sobre la arquitectura de la Corona de Castilla y Reino de Granada en el siglo XIV: creatividad y/o crisis*, realizada bajo la dirección del Prof. Isidro Bango Torviso, a quien siempre reconoció como su maestro. Y fue allí, también, donde desarrolló su primera etapa como docente dentro del Departamento de Historia y Teoría del Arte, labor que ejerció hasta su incorporación, en 2006, al Departamento de Historia del Arte I (Medieval) de la Universidad Complutense de Madrid.

Como profesor, llevó a las aulas su naturaleza vital y carácter entusiasta. Para él, dar clase era mucho más que impartir materia. Era lograr que los estudiantes se vinculasen emocionalmente con las obras trascendiendo a la toma indiscriminada de datos. Era generar en ellos, la necesidad del conocimiento directo siempre que fuese posible. Y lo hacía predicando con el ejemplo. Ninguno de sus alumnos olvidará que, cuando la mayoría optábamos por presentar un temario en el aula el primer día de clase, él los convocaba directamente en el Museo Arqueológico para que, ya desde ese primer instante, las piezas cobraran vida, se hicieran reales más allá de su proyección plana en una pantalla. Como tampoco olvidarán sus famosos viajes a Córdoba, a Toledo, a Melque... Infatigable todavía cuando al resto ya les habían abandonado las fuerzas, todas las horas del día eran pocas para visitar siempre un monumento más, para analizar sus características, para incentivar en ellos el debate sobre sus posibles modelos o influencias.

Fértil dedicación académica que desarrolló en paralelo a su importante faceta científica. Trazó sus principales líneas investigadoras en su tesis y ahondó en ellas a lo largo de los años. El debate historiográfico sobre el Mudéjar, la Mezquita de Córdoba o la Alhambra de Granada no se entienden ya sin sus investigaciones, al igual que el Alcázar de Sevilla o la Sinagoga del Tránsito. Solo, o en compañía de destacados académicos, firmó textos en los que prestó atención a los artistas (Ysambart o Juan de Flandes) y a los promotores (Muhammad V, Pedro I, Alfonso X, incluso, últimamente, Alfonso el Magnánimo), a los lugares de memoria de los monarcas castellanos (Monasterio de Las Huelgas de Burgos o las Capillas Reales bajomedievales), tanto como a los grandes espacios de representación áulica a un lado y otro de la frontera, acuñando términos que hemos asumido como clásicos como el que apelaba a la "reinteriorización" de la Corona de Castilla o el de la "convergencia evolutiva" de las formas. Humanista a la antigua usanza, buscó los argumentos en disciplinas

tan dispares como la cristalografía y el estudio de los fractales, que le llevaron a entender los diseños de la cerámica andalusí; la teoría de la atomización y de la accidentalidad del teólogo sufí al-Baqillani como fundamento teórico de las cúpulas de mocárabes que le permitieron redefinir funcionalmente antiguos espacios palatinos nazaríes; o, adoptando un término propio de la literatura, abordó el tema de las arquitecturas aljamiadas, para explicar los distintos niveles de asimilación artística entre Castilla y Al-Andalus a lo largo de la Edad Media. Director de varios proyectos de investigación del Plan Nacional, su trayectoria recibió el justo reconocimiento no solo a nivel nacional, sino también internacional.

Firme defensor de todo aquello en lo que creía, su compromiso con la Historia del Arte le llevó a ser vocal en la Junta Directiva del CEHA, del mismo modo que asumió con responsabilidad la no siempre grata tarea de gestión universitaria desde sus cargos como Secretario Académico del extinto Departamento de Historia del Arte I, y primer subdirector del actual de Historia del Arte, además de por su pertenencia a la Junta de Facultad y Claustro de la Universidad Complutense de Madrid. Y siempre, en todo lo que hacía, con una sonrisa. Con la sonrisa de quien estaba convencido y defendía la bondad de la vida.

Aunque poco a poco los estudiantes dejen de preguntar por los pasillos por “los apuntes de Souza”, la lectura de sus trabajos seguirá siendo obligatoria para las futuras generaciones de historiadores del arte. Porque pese a que nunca lo quiso reconocer, también él se convirtió en maestro. Y su magisterio permanecerá presente a través de sus publicaciones y a través de la labor de toda una serie de discípulos que aprendieron los rudimentos de la investigación bajo su tutela, a los que dirigió tanto como acompañó en sus tesis doctorales y quienes continúan en la actualidad con su herencia, científica y humana, en los departamentos de Historia del Arte de distintas universidades españolas.

Trabajador incansable, compañero generoso, amigo incondicional..., descansa en paz.

Marta Poza Yagüe
Departamento de Historia del Arte
Universidad Complutense de Madrid